

Cuando tenga alas

Daniel Prior Gijón

Lunes, 13 de febrero

Ya han pasado varios días desde que mamá se fue a recoger su herencia. Papá y yo nos quedamos en casa, aunque ayer casi no salgo de mi cuarto. Y hoy de hecho no he salido en todo el día, y eso que ya casi es de noche.

Papá últimamente se porta muy bien conmigo, apenas me dice nada y eso es de agradecer. También, como mamá, ha jurado respetar la privacidad de este diario. Pero él lo ha hecho de buena gana.

Lo más curioso de todo es que fue el mismísimo diablo el que se lo hizo jurar a ambos. El diablo tiene un séquito. Son demonios. Alguna vez me han encerrado por la fuerza y obligado a meter carbón en mi cuerpo.

Tampoco deja de ser curioso, que los demonios también tienen sus alas. Las tienen todos menos yo. Y no sé por qué, yo soy buena, sólo me he portado mal cuando ellos me obligaban.

Pero papá no ha vuelto a hacerlo, y mamá no está. Llevo unos días que casi soy feliz. Ahora papá ya no es un demonio, sólo le quedan sus alas.

Como a todos ellos, ya digo. Da igual que estén en la calle, en la televisión o hasta en la radio; las tienen todos menos yo.

Yo sólo me he dado cuenta de lo que a la gente parece que le cuesta ver. La primera vez que las vi fue de pequeña en un desfile. Eran preciosas. Ella era preciosa. Desde entonces no he parado de apreciarlas: las hay más bonitas, más toscas o más cuidadas, pero las tienen todos, todos menos yo.

...Le dije a papá que en esta habitación cada vez hay menos luz, pero él insiste en que se arreglará sola. Ha terminado de anochecer, creo que debería ir a dormir otro rato.

El padre entró al cuarto de su hija hecho jirones. La próxima parada sería el salón para usar el teléfono fijo.

La siguiente sería la última.